

¿Pero dónde estaban la fe, el cristianismo? ¿No había desaparecido todo esto en tiempos de Luis XIV? Repárese en el estado del partido que Voltaire batía en brecha. Toda la Iglesia galicana, toda la Iglesia reformada no han podido oponerle ni un hombre. La ciencia teológica no se había renovado desde Bossuet; faltaba filosofía á los defensores del Evangelio, que es también una filosofía; por encima de todo, faltaba la vida. Los escritos no hubieran cambiado el siglo, se necesitaba la energía de la acción. Después de todo, había una venganza que llevar á cabo, una justicia que cumplir, siglos enteros que expiar. El cristianismo, al hacerse poder de la tierra, había recibido en sí el elemento corruptor y dictado su propia sentencia; era preciso enviarlo al desierto. *Todo el trabajo de Voltaire ha sido una necesidad y una preparación*» (1). Estamos conformes con Vinet, sólo que no entendemos la preparación como él; creemos en un cristianismo perfectible, progresivo, y no en una religión ideal predicada por Cristo.

### § II. — Los deistas y la revelación.

#### N.º 1. — ¿Qué es el deísmo?

La palabra deísmo es un término muy vago, que puede aplicarse á las más contrarias opiniones. En un sentido, los cristianos más ortodoxos, reformados ó católicos, pueden llamarse deistas. En otro, á los ojos de los celosos, deísmo es sinónimo de incredulidad, y casi de ateísmo. Los deistas ingleses no han ocultado su bandera, se llaman libres pensadores. Uno de ellos ha escrito un *Discurso sobre la libertad de pensar* (2), y todos han permanecido fieles á esta doctrina. Hemos encontrado ya el libre pensamiento entre los filósofos que pretendían identificar la fe y la razón. No hay pensador más intrépido, más libre que Descartes, dentro de ciertos límites. En el terreno de la filosofía no quiere aceptar más que lo

(1) VINET, *Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII*, t. II, p. 172.

(2) COLLINS.

que su razón le demuestra con evidencia; pero todo el atrevimiento que muestra como filósofo, se convierte en pusilanimidad en cuanto la filosofía se relaciona con la fe. En cuanto se trata de la revelación, Descartes cree ciegamente, ¿qué digo? renuncia hasta al uso de su razón, en las cuestiones científicas, cuando la Iglesia tiene á bien imponerle silencio en nombre de la fe. Esto era á la vez una inconsecuencia y una abdicación de los derechos de la razón. Los deistas ingleses, más lógicos, proclamaron la libertad absoluta de pensar; su misión fué hacer extensivo á la religión el principio de la evidencia que Descartes quería limitar á la filosofía.

Oigamos á uno de los más bellos genios que han ilustrado el deísmo. Shaftesbury dice que la libertad de pensar es esencial en el espíritu humano: el hombre no tiene más misión que trabajar por su emancipación, porque no es hombre, en toda la plenitud de su naturaleza, más que cuando es libre. Debe, indudablemente, como dicen los teólogos, amar á Dios y adorarle; pero este amor, esta adoración, exigen la libertad más completa. ¿Se concibe un amor de encargo, un culto obligado? ¿Es amar obedecer como esclavos á una ley que nos amenaza con una pena? ¿Es adorar á Dios el practicar un culto por la esperanza de una recompensa? Sería lo mismo que decir que los esclavos aman á su señor porque se doblegan bajo el látigo; que le adoran porque le lisonjean para alcanzar algún placer ó un goce cualquiera. Shaftesbury compará los cristianos con los mendigos que rodean algún coche; los novicios se contentan con dar tratamiento de *señor* ó *señora* á aquellos á quienes piden; los viejos, los acostumbrados ya, tienen siempre en los labios las palabras de *lord* ó de *lady*, y discurren de este modo: si efectivamente va algún verdadero *lord* en el coche, nada perdemos; y si no va más que algún comerciante, gozará al oírse llamar *mylord*, y la limosna será más abundante. ¿Acaso Dios quiere ser tratado como un comerciante? ¿Exige que los hombres, á los cuales ha dado el bello dón de la libertad, se hagan esclavos voluntarios para agradarle? ¿Puede darse concepción más innoble de la Divinidad, y es posible rebajar más á los hombres, á quienes Dios ha creado libres? (1).

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics of men*, t. I, 322 y 323.

Si el deísmo significa libertad de pensar, dicen los ortodoxos, es enemigo del cristianismo, y aún de toda religion, porque el libre pensamiento destruye la fe. ¡Extraño razonamiento! contesta Shaftesbury. El primer artículo de toda religion, la creencia, que es su fundamento, ¿no es la creencia en Dios? El que se llama deísta, por este mero hecho se llama también religioso; y si es religioso, ¿cómo ha de poder destruir la religion? Hay, es verdad, formas religiosas que el deísmo reprueba; rechaza lo mismo el politeísmo que el ateísmo. ¿Será por ventura politeísta el cristianismo? Si no lo es, es muy compatible con el deísmo; debemos decir más: para ser buen cristiano es preciso empezar por ser un firme deísta. Los ortodoxos objetan que el deísmo excluye todas las demás creencias, principalmente los misterios y la revelacion. Esto tampoco es verdad, responde Shaftesbury. El que cree en Dios puede creer también que Dios se ha revelado á los hombres. Dudamos que en esto nuestro filósofo diga todo su pensamiento; se encuentran todavía en él transacciones; es ortodoxo, si hemos de creer en sus palabras, pero es un ortodoxo á la inglesa; respeta á la Iglesia, porque es una institucion legal, ¿y no ha sido la fe misma por largo tiempo una condicion necesaria para ser ciudadano inglés? Cuando se toma por punto de partida el libre pensamiento, no es posible ya pensar en revelacion, al ménos en revelacion milagrosa ni misterios. Shaftesbury mismo lo confiesa, cuando exclama en un raptó de impaciencia: «¿No parece que el cristianismo es una especie de magia que no tiene nada de comun con la razon y que la teme?» (1). Sí; el cristianismo tradicional es una verdadera magia, y hace bien en temer á la razon, porque la razon y la fe revelada no pueden entenderse entre sí.

Si la ortodoxia combate al deísmo, en nombre de una fe milagrosa, los deístas, por su parte, tienen algun derecho para guardar rencor á la ortodoxia. Oigamos á un pensador más decidido que Shaftesbury. Tindal no admite cristianismo revelado milagrosamente; trata de probar que el verdadero cristianismo es tan antiguo como el mundo; es, pues, anterior á lo que los ortodoxos llaman

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics of men*, t. II, p. 172; t. III, p. 261.

la Encarnacion del Hijo de Dios; en cuyo caso, esta encarnacion no tiene ya razon de ser. ¡Sacrilegio! exclaman los devotos. Tindal les contesta: «Los culpables del crimen de que acusais á los libres pensadores sois vosotros. ¿Puede haber sacrilegio mayor que mutilar la obra de Dios? Y sin embargo, esto es lo que haceis cuando atacais la libertad de pensar, en materia de fe. ¿Puede vivir el hombre sin pensar? ¿No es el pensamiento lo que le distingue de los demás seres creados? ¿Y se concibe el pensamiento sin la libertad? ¿Si se quisiera escoger un emblema de la libertad, no se escogeria el pensamiento? Es tan libre, que es imposible excluirlo; para que deje de ser libre es preciso que consienta en someterse á una servidumbre voluntaria. ¿Qué hacen, pues, los ortodoxos al combatir el libre pensamiento? Combaten á la razon misma; ¿no es esto hacer la guerra á Dios, que nos ha dado la razon y la libertad de usar de ella, puesto que no podriamos usar de ella sin libertad?» (1).

«La razon, dice otro deísta, Toland, es la verdadera y la primera ley, la luz de la vida.» Pensamiento sedicioso, dicen los defensores del cristianismo. No es la primera vez que se acusa de licencia á la libertad; esto no ha impedido á los Ingleses proclamarla en el órden político y practicarla sin preocuparse mucho, porque algunas veces puede ir acompañada de la licencia. ¿Por qué no se ha de hacer lo mismo en el terreno del pensamiento? El libre pensamiento es el aliado íntimo de la libertad política, hasta el punto de que allí donde el pensamiento no es libre, la libertad política no es más que una vana palabra ó un engaño. ¿Cómo hemos de poder ser libres cuando nuestra inteligencia se halla oscurecida por las tinieblas de la supersticion? ¿No es la peor de las tiranías la que hace imposible toda libertad? Celebremos, pues, el libre pensamiento con Toland, porque emancipa al hombre del despotismo y de la supersticion. No es la licencia el crimen del libre pensamiento, es el efecto inevitable de las pasiones humanas; la libertad no es responsable de ella, y mucho ménos aún los deístas. Toland, en el más mal famoso de sus escritos, dice: «que la libertad difiere de la licencia tanto como la esclavitud de

(1) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 180.

la libertad; seamos esclavos de las leyes, añade, para poder ser libres» (1).

Sin embargo, es cierto que el libre pensamiento, cuando se aplica á la religion revelada, se convierte en un instrumento de destruccion; tal es la gran censura que los ortodoxos de todos los colores dirigen á los deistas. La censura es merecida; pero hay un trabajo de destruccion que es necesario; un pensador cristiano acaba de decirnoslo. Es preciso, pues, ántes de condenar al deísmo, ver lo que ha destruido; hay que ver además si no ha hecho más que destruir. El principio de la evidencia de Descartes ha destruido en filosofía las falsas nociones y las quimeras de que estaba atestada; no por esto se dirá que ha destruido la filosofía. Ahora bien, los deistas, con Toland á la cabeza, dicen que, si hay verdades de fe, deben tener para nosotros la misma evidencia, porque ésta es de la esencia de toda verdad; la verdad no existe para nosotros más que con esta condicion. En cuyo caso no puede ya tratarse de misterios. Toland prueba que el *cristianismo no tiene misterios*. Aun suponiendo que sus dogmas hayan sido revelados directamente por Dios, ¿qué importa? Si estos dogmas son verdades, preciso es que el espíritu humano pueda concebirlos; si no, para él es como si no existieran. La distincion que Leibnitz establece entre lo que es contrario á la razon y lo que únicamente está por encima de la razon, no satisface al deista inglés. Reconoce de buen grado los límites de nuestra inteligencia; pero estos límites son los mismos para toda clase de verdades, lo mismo para las que enseña la filosofía, que para las que predica la religion. Entre estos límites es como comprendemos las verdades que se dirigen á nuestra razon; no tenemos la nocion absoluta; ésta no pertenece más que á Dios, pero tenemos una nocion bastante clara para que pueda guiarnos en la vida. Si hay pretendidas verdades de fe que no pueden ni aun ser comprendidas en este sentido, no son verdades, sino quimeras. Tales son los misterios de la teología cristiana, pero estos misterios son extraños al verdadero cristianismo.

¿Son misterios lo que Jesucristo ha predicado, son misterios lo que ha encargado á sus discípulos que anuncien al mundo? Toda

(1) TOLAND, *Pantheisticon*, p. 49, 57, 67.

la predicacion evangélica se resume en estas dos palabras: «Convertíos, porque el reino de Dios se aproxima.» Es una enseñanza esencialmente moral; es, pues, la moral, y no el dogma ó la fe, lo que constituye la esencia de la religion cristiana. Este elemento moral, práctico, del cristianismo es el que Shaftesbury se ha propuesto presentar con toda claridad. No niega el origen divino de la revelacion, hasta parece admitirlo; en realidad, le es indiferente, bajo el punto de vista en que se coloca. Lógicamente, el deísmo debia tender á absorber la religion en la moral, lo cual destruye la revelacion milagrosa en su esencia. Los deistas empezaron por someter al exámen de la razon los milagros, que son la prueba por excelencia de la divinidad del Evangelio y de aquel que lo ha predicado. ¿Y qué hallaron? Un cúmulo de absurdos y de necedades. Esto condujo á los deistas á examinar la esencia de lo que se llaman milagros; y aquí llegaron al mismo resultado que Espinosa; el milagro es una perturbacion de las leyes generales de la naturaleza; luego es imposible, porque lo que constituye la esencia de las leyes que rigen el mundo es el ser siempre las mismas. Con los milagros, las profecías caian igualmente, porque no son más que una especie de milagros, y las que la Biblia refiere no son muy á propósito para hacer creíble lo que por su naturaleza es increíble.

La revelacion sobrenatural se derrumba con los fundamentos sobre los cuales la ortodoxia ha levantado este edificio ruinoso. Si el cristianismo no es una religion milagrosamente revelada, no difiere en esencia de toda religion que nos dé preceptos sobre nuestro destino, sobre nuestras relaciones con el Sér Supremo. Los defensores del cristianismo han tratado de extender sus raíces hasta la más remota antigüedad; Tindal parece abundar en esta opinion al escribir su obra sobre el *Cristianismo tan antiguo como el mundo*. Pero la antigüedad de la religion cristiana tiene un sentido muy diverso en boca de los deistas del que tiene en los escritos de los ortodoxos; si éstos hacen remontar el cristianismo hasta el principio del mundo, lo hacen por universalizar el milagro de su divinidad, al paso que á los ojos de los deistas el cristianismo deja de ser milagroso, por el mero hecho de ser anterior á Jesucristo; esto mismo confirma la prueba de que es idéntico con la ley natu-

ral que Dios ha grabado en el corazón del hombre al crearle. ¿Pero de qué sirve en este orden de ideas el cristianismo histórico? Es necesario entresacar lo que la ignorancia, la superstición y el espíritu de dominación le han añadido; éste es el trabajo secular en que aún hoy se halla ocupada la humanidad. Entonces quedará una religión exclusivamente moral. Esto no quiere decir que los deístas de Inglaterra hayan pretendido, como lo hicieron más tarde los incrédulos de Francia, reemplazar la religión por la moral; por el contrario, conservan la religión, pero le quitan todo lo que es extraño á la moral. La diferencia es grande, porque, por una parte, la idea de Dios y la de la inmortalidad del individuo subsisten; y si sus creencias no fundan la moral, al ménos le prestan mayor fuerza.

¿Pero qué es el cristianismo reducido al elemento moral? No es más que la religión natural. Falta saber si el cristianismo de los deístas es el verdadero cristianismo tal y como Jesús lo ha predicado. Creemos que la cuestión no puede resolverse, porque no conocemos la *buena nueva* más que por una tradición que ha alterado más ó ménos la enseñanza del maestro. Los deístas sostuvieron naturalmente que su *cristianismo no misterioso* era el de Jesucristo. Si se les pregunta por qué aquella religión racional se ha corrompido desde la primera generación, contestan que el principio de la fe alteró el de la moral; los hombres creyeron que su salvación iba más bien unida á la creencia que á la acción. Esta es la causa de que el cristianismo histórico acabase por degenerar en prácticas más ó ménos supersticiosas. Si los deístas lo hubiesen considerado bien, ¿no hubieran descubierto en la predicación evangélica el germen primero del mal que deploran? Los deístas no lo vieron, porque no querían ni podían verlo; porque querían seguir siendo, ó al ménos llamándose cristianos.

N.º 2.—*De dónde procede el deísmo.*

Lord Shaftesbury habia conocido íntimamente al filósofo inglés Locke. Dice de él, en sus *Caracteres*, que era sinceramente cristiano, aún cuando profesaba una filosofía que en el fondo es la de

Hobbes, el sensualismo; lo mismo sucedió con Tindal, Collins y todos los libres pensadores (1). Según éste, parece que el deísmo procede de Locke y de una falsa filosofía. Es verdad que Locke tuvo relaciones con los deístas; se conserva una carta que el filósofo septuagenario escribió al autor del *Discurso sobre la libertad de pensar*. «Yo soy, dice, una pobre ignorante criatura. Si puedo vanagloriarme de algo, es de amar y de buscar sinceramente la verdad, sin preocuparme de que agrade ó de que disguste.... Creedme, amar la verdad por sí misma, es el punto principal de la perfección humana, y el principio de todas las virtudes.» Un libre pensador podría firmar esta carta. ¿Pero cómo armonizaba Locke su filosofía de la sensación con su *cristianismo racional*? Destierra de la religión los misterios, lo mismo que los deístas; conserva únicamente la fe en Jesús, sin entrar por otra parte en explicaciones sobre la naturaleza de Cristo, de modo que los que no ven en él más que un profeta podían llamarse cristianos, lo mismo que los que le adoran como Hijo de Dios. La relación entre los filósofos ingleses y los deístas es, pues, incontestable. Pero los discípulos fueron más atrevidos que su maestro: oigamos á Bolingbroke, que es, después de Shaftesbury, el genio más bello que ha ilustrado al deísmo inglés: «Locke, dice, tenía una excesiva timidez en cuestiones religiosas. Hasta dudaba de sus principios filosóficos en cuanto se refería á la religión. El filósofo habia guardado un respeto rutinario hácia los libros sagrados. Para salvar la divinidad del Antiguo Testamento, habia recurrido á las más extrañas hipótesis: llegaba hasta admitir que Dios, queriendo ser el *rey* de un *pueblo elegido*, debia proscribir la idolatría, y castigarla con la muerte como alta traición.» Bolingbroke, gran admirador de Locke, se avergüenza de estas debilidades y de estas contemplaciones (2).

Pero si los deístas proceden de Locke, y van mas allá que él, ¿de dónde procedía Locke? Hay tal vez un vínculo oculto entre su *cristianismo racional* y su doctrina filosófica. Es positivo que los que están persuadidos de que todas las verdades las adquirimos por medio de los sentidos, no deben sentir propensión á creer en los

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. I, p. 344.

(2) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. IV, p. 149-153.